

CEP - 106 - 1990



Carátula: Gilmer Torres R.
Grabado (detalle): Maximino Cerezo B.

CENTRO DE ESTUDIOS Y PUBLICACIONES (CEP)
Jr. Lampa 808 - Of. 601, Apdo. 6118
Lima, Perú

SEPTIEMBRE 1990

YO SOY tu hermano

En las huellas de Jesús de Nazaret

**Jorge Alvarez Calderón
Federico Carrasquilla
Benito Cassiers
Gastón Garatea
Miguel Martel**

Fraternidades de Carlos de Foucauld

cep

Nazaret: Identidad social de Jesús y revelación del Padre

Jorge Alvarez Calderón

Los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles insisten en varias oportunidades en el carácter nazareno de Jesús. Las primeras comunidades de discípulos al inicio fueron identificadas también como "secta de los nazarenos" (Hechos 24,5). Sólo después, al salir hacia el mundo helénico recibieron el calificativo de "cristianos", más comprensible sin duda en ese medio no judío, expresión que luego se generalizó (Hechos 11, 26).

Nazaret, todos lo sabemos, fue el pueblito donde creció Jesús. Allí desarrolló lo que la tradición ha gustado en llamar su "vida oculta". Nazaret es mencionado varias veces en los evangelios como la patria de Jesús. A primera vista eso puede aparecer como algo meramente casual. Sin embargo cabe preguntarse si no hay algo más de fondo tras el nombre, tras el lugar. Hay varios indicios en los textos bíblicos que nos permiten sospecharlo. Quisiéramos aquí desentrañar el sentido teológico de ese pequeño lugar que tanto marcó la identidad de

Jesús. Y a partir de ello, avanzar sobre las dimensiones eclesiológicas del tema, el carácter nazareno de la iglesia.

Nos parece que el punto vale la pena y que desde América latina estamos con condiciones privilegiadas para tratarlo. En efecto, las comunidades cristianas que se han ido multiplicando en estos últimos años, comunidades formadas por gente sencilla, pobre, marginada que vive el Evangelio con autenticidad, nos dan nuevas luces sobre los textos bíblicos. Su testimonio enriquece nuestra experiencia creyente y pone de relieve de una manera muy propia ciertas perspectivas importantes para la comprensión del misterio de Cristo, de la iglesia, de la espiritualidad. Tal es el caso, a mi parecer, para el tema de Nazaret que pretendemos abordar (1).

EL PUEBLO DE JESUS

El Evangelio de Mateo indica un propósito divino detrás del lugar donde Jesús vivió sus primeros años. Nos dice en efecto: "José, avisado en sueños se retiró a la región de Galilea, y fue a vivir a una ciudad llamada Nazaret para que se cumpliese el oráculo de los profetas: será llamado nazareno" (Mt 2, 22b. 23). Hay pues en la comprensión mateana una intención detrás de ese calificativo. No es para el evangelista algo casual el que Jesús haya pasado ahí sus primeros treinta años: Jesús fue a Nazaret para ser nazareno, es decir para cumplir así un designio de Dios.

La ubicación geográfica de Nazaret es Galilea, la provincia norteña alejada de Jerusalén (2). Desde el punto de vista económico, Galilea no era una provincia pobre. Estaba objetivamente mejor que Judea, aventajándola en desarrollo y

(1) La práctica eclesial de acercamiento al pobre ha enriquecido mucho la reflexión cristológica en América Latina, sobre todo en el interés por estudiar el sentido de la práctica histórica de Jesús como Palabra de Dios. Sin embargo no hemos visto poner la atención sobre el carácter nazareno de Jesús como inherente a su ser revelador del Padre.

(2) Cfr. Hugo Echegaray. *La práctica de Jesús*. Lima, CEP, 1980, pág. 43

comercio, sobre todo a causa de su geografía y clima y porque era una ruta obligada entre el puerto de Cesarea y Damasco. Políticamente era zona bastante convulsionada y de resistencia al imperio romano. El movimiento zelote por ejemplo tuvo ahí su origen y concretamente en Séforis, capital de Galilea, poco antes del nacimiento de Jesús; ese grupo tuvo su primera acción pública que motivó una masacre por parte del ocupante romano. Galilea además había desarrollado bastante autonomía con respecto de Jerusalén y eso se notaba entre otras cosas por una marcada influencia pagana que se hacía notar en estilos de vida, escala de valores, conceptos y prácticas religiosas.

Por todo ello la gente de Jerusalén no veía con buenos ojos a los galileos. Su orgullo capitalino y su conciencia de ser el centro religioso del pueblo escogido, los hacía sentirse superiores a esos provincianos de periferia. Como ocurre con frecuencia en situaciones similares hasta el deo provinciano era para ellos motivo de desprecio. Para los fariseos y rabinos del tiempo de Jesús, el galileo era el "am-haarets", es decir la "gente del pueblo", los rústicos, no preparados religiosamente, y, peor aún, sospechosos a nivel de la fe (3).

Nazaret es un pueblo galileo, muy cercano a Séforis. Hasta ese momento no había resaltado en nada. Ningún acontecimiento importante había tenido lugar ahí, ninguna persona notoria había salido de su seno. El Antiguo Testamento no hace mención de él, ni aparece en otro escrito de la época. Aldea perdida, una de tantas, desconocida, despreciada y despreciable como son a menudo ese tipo de pueblitos. La pregunta de Natanael es elocuente al respecto: "¿De Nazaret puede salir algo bueno?" (Juan 1, 46).

(3) Ibid. pág. 124.

LA "VIDA OCULTA"

Jesús fue un galileo, es decir un "am-haarets" para los jerosolimitanos, con todas las connotaciones de desprecio y sospecha que ello implicaba; pero además era un nazareno, es decir entre los "am-haarets", uno de tantos sin nombre, sin título. Su origen lo marcaba socialmente, lo ubicaba. Esa era su identidad. Veremos lo que él hizo de ese hecho.

Muy poco se sabe sobre la llamada "vida oculta" de Jesús. Todo hace entrever que el niño, el adolescente, el joven era uno más en el pueblo. Se lo identificaba como hijo del carpintero -profesión sencilla y bien considerada en aquella sociedad- con familiares de su generación, muchachos y muchachas bien conocidos (Mc 6,3). Lucas nos da a entender que la condición económica de la familia era modesta (Lc 2, 23) y que era cumplidora de las tradiciones religiosas judías (Lc 2, 21-22, 41). Se nos dice que vivió en Nazaret sujeto a sus padres (Lc 2, 51) como cualquier hijo de vecino y que ahí maduraba y era apreciado (Lc 2, 52). Es muy claro que el evangelista tiene la intención de subrayar el carácter común, ordinario, anónimo de Jesús durante su vida en Nazaret (4). No parece inclusive que la gente del pueblito hubiera percibido algo extraordinario en la personalidad de ese joven, ni que se hubiera percatado de la evolución que se operaba en él. En efecto reacciona sorprendida y aún con rechazo cuando Jesús se presenta públicamente como profeta en su pueblo (Lc 4, 16-30 y paralelos).

(4) El episodio del niño de doce años en el templo es el único rasgo extraordinario en el evangelio de la infancia de Lucas. Pero la intención del escritor apunta a revelarnos la interioridad del adolescente, su íntima y original relación con su Padre, la búsqueda y maduración de su vocación que aún no logra descubrir plenamente y que sus padres no comprenden. El texto toca de manera sugerente todo el complejo tema de la conciencia de Jesús, la insinúa sin profundizar, para volver a insistir al final de la perícopa, sobre el carácter cotidiano, banal, normal de esos años para Jesús.

Hasta ahí van los textos. Los testimonios escritos no nos permiten dar más precisiones sobre esos primeros años. Sin embargo no podemos dejar de considerar la importancia que esa época tuvo para Jesús. Su vida "oculta" ha debido ser similar a aquella de todos los hombres y mujeres del mundo, la etapa donde se forja la personalidad del adulto. Lo que se ve y se vive en esa época de niñez y de juventud marca de por vida. Y Jesús, "hecho en todo semejante a sus hermanos, menos en el pecado" (Heb. 2, 17 y 4, 15) no debió tener un proceso diferente. Los textos de Lucas afirman que sí hubo en efecto ese proceso de desarrollo y maduración.

En Nazaret Jesús abrió los ojos, conoció el mundo. Desde esa ubicación y situación nazarenas, desde ese ángulo muy particular, fue tomando conciencia de lo que ocurría en la sociedad que le tocó vivir. "Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia" (Lc 2, 52). Abrió los ojos al mundo no como hombre de ciudad sino como aldeano; como provinciano de periferia y no como alguien de Jerusalén; como hijo de artesano y no como terrateniente o miembro de familia sacerdotal. Eso marcó definitivamente su manera de ser. En esa aldeita conoció a gente y situaciones. Ahí desarrolló su sensibilidad, esa sensibilidad que aparece con tanta fuerza en los evangelios. Ahí en Nazaret, al lado de sus padres, aprendió a vivir la piedad sencilla y sana de los "anawim", se inició en la tradición de fe de sus ancestros, descubrió a su Padre.

La participación cotidiana en la vida del pueblito le permitió de seguro ver las injusticias, el sufrimiento de los desocupados, el abandono agobiante que sufrían los enfermos considerados como impuros, separados de Dios. Debió descubrir la soberbia de los ricos, escandalosa en esos años de dominación romana, de despojo y acaparamiento de tierras y bienes, de impuestos. Vivió en carne propia lo que significaba ser nazareno marcado desde su origen como sospechoso y despreciable. Sin duda, vio cuán distorsionada estaba la vida de fe debido al legalismo estrecho que no permitía descubrir el

rostro misericordioso y liberador del Padre y que peor aún, marginaba de la comunión con Dios a los débiles, a los niños, a los enfermos, a los pecadores. Pudo presenciar también, porque es parte de la vida ordinaria, tantos gestos de amor y de entrega de gente sencilla. Y quizá vibró ante la aguda sensibilidad humana y de servicio que muestra a menudo gente considerada como pecadora. Todo esto aparece muy claramente en la vida pública de Jesús pero muy probablemente ese comportamiento está en relación con la experiencia primera que forjó su personalidad.

Esos años de vida oculta han debido ser para Jesús años de mucho amor y de mucho dolor, años de muchos cuestionamientos. ¿Qué hacer, cómo hacerlo, cómo ser fiel a ese Padre cuya intimidad tan profunda marcaba toda su existencia? Poco a poco fue descubriendo su vocación de profeta. Poco a poco empezó a descubrir el sentido de su misión, de su nombre "Dios que salva". Poco a poco vio claro. Sí, debía salir fuera para ser testimonio de su Padre, para ser por su práctica "Palabra", es decir, expresión viva de Dios.

DE UN HECHO A UNA OPCION

Pero avancemos más. Lo que caracteriza a Jesús no es tanto su ser nazareno de origen sino su opción nazarena. En efecto en los evangelios podemos ver que esa fue la nota clave de su ministerio: profeta sí, pero profeta nazareno, mesías sí, pero mesías nazareno. Algo así como que Jesús tuvo la convicción que sólo desde su ser nazareno, podía ser testigo y manifestación de su Padre.

Hubiera podido desde el inicio utilizar su ascendencia davidica como fundamento y garantía de credibilidad hacia su misión, sin embargo no lo hizo. Nunca se arroga en efecto el título de hijo de David (5) y más bien prefiere la expresión

(5) Jesús se dice rey sólo en la Pasión del Evangelio de Juan, en el momento cumbre de la "gloria del Hijo", de su plena revelación ante el mundo. Pero, como

"hijo del hombre" para referirse a sí mismo. Esta expresión, sin descartar la alusión al tema mesiánico de Daniel 7, se utilizaba en el lenguaje cotidiano para designar al hombre común y corriente. Jesús prefirió esa denominación quizás, justamente para subrayar su opción nazarena.

A este respecto son interesantes los textos. Los cuatro evangelios hacen mención de Nazaret al inicio de la vida pública de Jesús y esto ya constituye un indicio de significado implícito.

Marcos dice: "Por aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. No bien hubo salido del agua, vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu, en forma de paloma, bajaba a él. Y vino una voz de los cielos: "Tú eres mi Hijo amado; en ti me complazco" (Mc 1, 9-11). El nazareno es el Hijo amado, el objeto de la complacencia de Dios. Eso precisamente será el centro del mensaje evangélico.

Mateo acentúa otro aspecto pero dando el mismo mensaje. Después del bautismo de Jesús y de las tentaciones en el desierto nos dice: "Cuando oyó que Juan había sido apresado, se retiró a Galilea. Y dejando Nazaret, vino a residir en Cafarnaúm... (4, 12-13). El nazareno desarrollará su ministerio en Galilea "para que se cumpliera el oráculo de Isaías" (4, 14). "Desde entonces comenzó Jesús a predicar y decir: Conviértanse porque el Reino de los cielos está cerca" (4, 17). El texto no precisa más; sin embargo nos insinúa que una de las características de la conversión será acoger a ese Jesús Nazareno como manifestación y acercamiento del Dios del Reino. Empata pues con el mensaje de Marcos.

Lucas va más allá pues ubica en Nazaret nada menos que la predicación inaugural de Jesús en la sinagoga, predicación

se verá más tarde, en ese momento también es donde aparece con más fuerza justamente su carácter nazareno.

en la que él mismo se afirma como cumplimiento de la profecía de Isaias, Buena Nueva para los pobres (4, 16-30). La gente de su mismo pueblo rechaza esta súbita presentación del joven: "¿No es éste el hijo de José?" ¡Ni los nazarenos formados en la sinagoga podían comprender lo que ocurría! La dificultad central para comprender a Jesús fue ahí también su ser nazareno...

Finalmente, en el evangelio de Juan, Felipe identifica al Mesías esperado con Jesús de Nazaret: "Hemos encontrado a aquél de quien escribieron Moisés en la Ley y también los profetas: Jesús el hijo de José, el de Nazaret" (Jn. 1,45). Felipe reconoce en ese nazareno la promesa de Dios. La identidad social de Jesús le viene por su origen inmediato - José, Nazaret- no por su ascendencia davídica (6). La novedad de Felipe, que causa extrañeza a Natanael, es justamente identificar al nazareno con el mesías.

Pero esta problemática aparece no sólo al inicio de los evangelios sino que la encontramos en varios textos más. Marcos, por ejemplo, al final del ministerio de Jesús, ya cerca de Jerusalén narra el episodio del ciego mendigo: "Al enterarse de que era Jesús de Nazaret se puso a gritar: ¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!" (Mc 10,47, Lc 18,37). No hay que dejar pasar la ironía de este pequeño texto: el ciego material es el que ve la identidad profunda de Jesús; el despreciado, el inoportuno es el que descubre lo oportuno; es el que anuncia el misterio oculto a los que se creen capaces de ver. Los ojos de la fe ven más allá que los ojos de la carne.

Mateo, por su parte, nos dice en la entrada triunfal a Jerusalén: es el pueblo pobre que aclama al nazareno como Hijo de David. El texto es sumamente explícito: "Y la gente que iba delante y detrás de él gritaba: '¡Hosanna al Hijo de

(6) Juan da a entender en 7, 40-42 que esa ascendencia no era conocida fuera de los círculos íntimos.

David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas! "

Y al entrar él a Jerusalén, toda la ciudad se conmovió. "¿Quién es éste?" decían. Y la gente respondía: "Este es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea" (Mt 21, 9-11). Aquí, una vez más es la gente sencilla la única capaz de reconocer la identidad mesiánica de aquel nazareno sin escandalizarse.

Porque, en efecto, el asunto causaba escándalo. Nadie esperaba un mesías nazareno, menos los judíos natos tan seguros de ser los depositarios de las promesas divinas. El Mesías sólo podía venir de la estirpe de David y este Jesús no aparecía como tal; el Mesías debía surgir de Judea y he aquí que un nazareno tiene la pretensión inaudita de serlo.

El evangelio de Juan (cap. 7) es el que desarrolla esta conflictividad. En primer lugar presenta la diversidad de opiniones de la gente y el temor frente a las autoridades judías que ya lo tenían señalado como peligroso: "Había comentarios entre la gente sobre Jesús. Unos decían: 'es bueno'. Otros decían: 'no, engaña al pueblo!'. Pero nadie hablaba de él abiertamente por miedo a los judíos" (v. 12, 13). Los "judíos" son aquí no tanto los habitantes de Judea sino los representantes de una cierta ortodoxia-la de Jerusalén- que será incapaz de reconocer a Jesús como Mesías. Estos "judíos" se escandalizan cuando Jesús aparece enseñando en el templo: "¿Cómo entiende de letras sin haber estudiado?" (v. 15) - alusión velada a su ser nazareno -. Pero el rechazo se hará explícito luego: "Este sabemos de dónde es, mientras que, cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde es" (v. 28). Esa era, en efecto, una de las opiniones que había acerca del Mesías. Jesús, según ella, no podía tener carácter mesiánico debido a su origen nazareno bien conocido. Pero también alude Juan a otra tradición sobre el origen del Mesías presente en el pueblo y que justifica aún más el rechazo a Jesús: "¿Acaso va a venir de Galilea el Cristo? ¿No dice la Escritura

que el Cristo vendrá de la descendencia de David, del pueblo de Belén?" (v. 41-42). El personaje Jesús es inaceptable para estos "judíos" por cualquier ángulo que se le tome; nada en él permitía reconocerlo como mesías. Por eso los sumos sacerdotes y fariseos reprocharán a los soldados que no lo habían apresado: "¿Ustedes también se han dejado embaucar? ¿Acaso ha creído en él algún magistrado o algún fariseo? Pero esa gente que no conoce la ley son unos malditos" (vv 47-49). Y a Nicodemo que tímidamente pretende defenderlo le lanzan la sentencia definitiva: "Indaga y verás que de Galilea no sale ningún profeta" (v. 52).

Jesús, el nazareno, no podía ser mesías para estos "judíos" presos de esquemas y tradiciones, cuya seguridad les impidió ver la libertad nueva de Dios. Es el sentido de la dura frase del prólogo: "Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron" (Jn 1, 11).

El conflicto llega a su cumbre en la pasión según Juan (cap. 18-19). Al ser tomado preso: "Jesús... se adelanta y les pregunta: ¿a quién buscan? Le contestaron: A Jesús nazareno. Díceles: Yo soy". Aquí se busca apresar al nazareno y Jesús asume claramente su calidad de tal. Más tarde en el juicio, Pilato tocará el punto clave: "¿Eres tú el rey de los judíos?". El responderá: "Sí, como dices, soy rey" (Jn 18, 33-37). Será la primera y única vez que Jesús se identifica como rey de los judíos. Lo hace cuando ya ha podido desplegar ampliamente en su práctica lo que El quería, lo que El era. Lo afirma cuando ya no hay duda posible o, mejor dicho, cuando su ser nazareno había exacerbado a la ortodoxia judía al poner en peligro toda una manera de concebir a Dios y de acogerlo. "Nosotros tenemos una Ley y según esa Ley debe morir porque se tiene por Hijo de Dios" (19,7). Lo insostenible para los judíos era que ese nazareno se pretendiese hijo de Dios. Pilato comprendió el punto y por ello puso sobre la cruz el motivo de la condenación: "Jesús nazareno, rey de los judíos" (19, 19). La causa de la condena fue la misma identi-

dad nazarena de Jesús. Ahí se ubica el escándalo considerado como blasfemia. Y sin embargo ese escándalo es precisamente el núcleo de la novedad que aporta Jesús.

Su ser nazareno se convirtió, pues, en opción para Jesús. Su larga, silenciosa, rica y sufrida experiencia en esa aldea, le dio su identidad. Nazareno por crianza, sabía en carne propia lo que eso significaba social y religiosamente. Lo asumió como forma radical de anuncio y revelación de su Padre. Nazareno como uno de tantos, pero marcado por el amor apasionado por su Padre, tenía una sensibilidad especial para todos los nazarenos de Israel, por eso escogió Galilea como lugar privilegiado de su ministerio y se ubicó entre pobres, pecadores y enfermos, es decir, entre sospechosos de castigo por algún pecado o de estar poseídos por espíritus impuros, en suma, los considerados alejados de Dios. Su ser nazareno lo hizo "Emmanuel", es decir Dios cercano a toda la humanidad o, más bien, Dios cercano porque asumió la identidad de los "alejados", vivió largamente esa condición, se identificó con ella. Su ser nazareno lo hizo "siervo de Yavé" que cargó sobre sí el desprecio que sufren los pobres (Is. 53). Desde ahí se hizo profecía nueva, sorpresiva, radicalmente amante y por lo tanto radicalmente cuestionadora de toda actitud humana o religiosa que marginara a alguien. Su ser nazareno, al ser asumido como opción será para Jesús fuerza reveladora de la novedad inquietante de su Padre que llama a la más profunda fraternidad desde los últimos del mundo. De ahí también el rechazo, finalmente, a la libertad siempre nueva del Padre.

EL VERBO SE HIZO CARNE "NAZARENA"

La "vida oculta" de Jesús ha sido un punto tradicional de reflexión espiritual y teológica que no siempre ha logrado mantenerse ligada suficientemente al dato bíblico. De allí sus desviaciones. San Ireneo interpretó de manera sugerente esa etapa de encarnación silenciosa: Dios se encarnó entre noso-

tros para habituarse a la humanidad y para que ésta se habituara a Dios. En el hombre Jesús, Dios "aprendió" en cierto sentido a habitar en medio de los hombres y éstos aprenden a coexistir con Dios. No se trata evidentemente de una reflexión que se desarrolla a un nivel psicológico sino que busca dar sentido a la encarnación. Aquí el tema de Nazaret y el de la vida oculta aportan, a mi parecer, una precisión importante al carácter galileo de Jesús. Este, en efecto, subraya el sentido teológico de esa marginalidad asumida por el Señor. Aquéllos añaden la manera concreta cómo Jesús quiso ser hermano de la humanidad desde la marginalidad. Es la manifestación de lo que podríamos llamar la "fraternidad" de Dios, es decir el Emmanuel.

Por lo visto más arriba, en Jesús, Dios se vuelve nazareno con todas sus consecuencias. No se trata de una encarnación en abstracto sino de una encarnación en términos de pueblo, de pobre, de insignificante, de sospechoso. En Jesús, el Hijo ingresa en la historia por la puerta despreciada y sospechosa; se hace uno de tantos entre esa gente. Vive durante largos años la vida cotidiana de un nazareno. Largos años de solidaridad divina con la humanidad desde los nazarenos de la historia. Eso no pudo comprenderse a cabalidad sino después del hecho excepcional de la Resurrección que dio nueva luz a todo el pasado de Jesús. Esa solidaridad divina en la oscuridad de la vida del pobre es, en su silencio, elocuente en grado sumo. Expresa, en efecto, el sentido radical del acercamiento de Dios a la humanidad. Amplia solidaridad que muestra un amor día a día, en cada detalle, en cada gesto, amplia solidaridad con una condición social despreciada para manifestar la inmensa ternura de Dios para con ella; amplia solidaridad que dignifica y diviniza a los nazarenos de la historia, a aquellos que tienen dificultad muchas veces hasta en considerarse gente igual a los demás; amplia solidaridad que será base para el grito profético, para la denuncia y para el llamado a la fraternidad universal desde los no considerados dignos por el resto de hermanos. Por eso Dios, en Jesús, indica el camino

ubicándose en la condición misma de los nazarenos. ¡Es preciso con Jesús y como El recomponer la familia humana según los designios de Dios! Sólo aquel que acoge ese mensaje radical, acoge al Verbo hecho carne.

La "vida oculta" de Jesús es salvífica porque es comunión. Es comunión de Dios con los nazarenos - los reconstituye dentro de la familia, los dignifica -, es comunión de Dios con toda la humanidad, e indica el camino para acoger al Dios comunión. Es comunión de Dios con todo detalle de la vida humana: es germen de la nueva creación reconciliada con el Padre porque el Padre, en Jesús, tomó la iniciativa de restablecer de esa manera la comunión quebrada por el pecado. Es comunión silenciosa en el tiempo, comunión con la condición del niño, del adolescente, del joven, del adulto. Comunión en los hechos, comunión de amor. La vida oculta no es vida fuera de la historia. Es por el contrario gesto histórico por excelencia, es palabra hecha carne (7).

La vida pública de Jesús tuvo garra por llevar la marca y la experiencia de su origen nazareno, pero esa impronta nazarena desde la densidad de su vida oculta adquiere después de la Resurrección dimensión reveladora y salvífica de una riqueza insondable. Al Jesús de la vida pública no se le comprenderá cabalmente sin tomar en consideración su vida oculta. Ella le da a Jesús la experiencia, la sensibilidad y la identidad adecuada para hablar de su Padre y de las cosas de su Padre. Ella hará más tarde, después de la Resurrección, que se comprenda todo el significado histórico del Dios hecho hombre. El misterio de la Encarnación, nazarena en su realización concreta, honda y profunda, es manifestación del inmenso amor y de la fidelidad de Dios por la humanidad. Es misterio céntrico de la fe.

(7) Jn 1, 14: "Came" en el texto joánico se expresa a través de la palabra griega "sarx" que designa la realidad humana en tanto que débil y vulnerable. ¿No es precisamente ésa la realidad "nazarena" de Jesús?